

HISTORIAS DE UN PUEBLO QUE ESTUVO VACÍO

Me llamo Marina. Tengo 37 años. Nací en un pequeño pueblo de Aragón y he vivido allí toda la vida. Desde pequeña he tenido muchos amigos, algunos mayores, algunos menores y algunos de mi edad. Al ser un pueblo pequeño todos nos conocíamos y por las tardes quedábamos en la plaza Mayor para jugar. Unos días éramos exploradores y nos íbamos a pasear por el pueblo en busca de aventuras y otros bajábamos a bañarnos al río y a tomar el sol en las rocas. No nos preguntaban “a qué colegio vas”, ya que todos los niños asistíamos al mismo colegio.

Fuimos creciendo y la vida en el pueblo fue cambiando sin apenas darnos cuenta. Algunos amigos se fueron a estudiar a Zaragoza. De vez en cuando una familia entera desaparecía, ya que alguno de los padres había encontrado una forma de vida mejor en la ciudad. Entonces una casa más hibernaba todo el año con las ventanas y puertas cerradas a la espera de las fiestas patronales. Cuando pasábamos por delante nos acordábamos de Julia o de Fabián y de las travesuras que hacíamos en el río y nos preguntábamos si ellos estarían pensando en lo mismo.

Afortunadamente cada año volvían las fiestas y el pueblo se llenaba de vida y alegría. Por unos días el pueblo volvía a ser el de siempre y todos actuábamos como si nada hubiera pasado, pero en el fondo sabíamos que, cuando acabaran las celebraciones, la función terminaría y las ventanas volverían a cerrarse hasta el próximo año acumulando polvo y hojas secas.

Seguíamos creciendo viendo que cada vez el pueblo quedaba más silencioso y que la epidemia de las casa vacías se extendía poco a poco. Sólo una vez vino una familia nueva. El padre era médico y había ocupado la plaza que dejó libre Don Justino al morir. Los hijos eran un poco remilgados y torpes y no sabían ni coger un gato sin que les arañase, ni cruzar el río sin mojarse saltando de roca en roca. En poco tiempo les enseñamos “todo lo importante” y al siguiente verano ya eran capaces de lanzarse al río desde las rocas más altas y robar las cerezas de la tía Florinda sin caerse de los árboles. Un buen día desaparecieron, ya que su

padre encontró otro destino y al cerrar el consultorio ya no vino nadie más, teníamos que bajar al médico al pueblo más cercano. Esto nos hacía muy poca gracia, sobre todo por la rivalidad que existía entre los dos pueblos y que terminaba a veces en peleas en el baile o en el campo de fútbol.

Cuando crecimos un poco frecuentábamos menos el río y empezamos a interesarnos por los chicos y chicas de otros pueblos, lo que nos obligaba a hacer algunas travesías en bici de no pocos kilómetros. A veces buscando un beso furtivo. Algunas tardes de verano nos íbamos por el campo a pasear entre los ruidos de las chicharras y no pocas veces volvimos corriendo por alguna inoportuna tormenta de verano. La rivalidad que existía entre los chavales de los pueblos desapareció ya que todos estábamos en la misma situación y no era muy inteligente andar enfrentados siendo cada vez menos.

Yo seguía viviendo en el pueblo y cumplí los 21 años. Llegó internet a todas las casas y cada vez salíamos menos con los pocos amigos que quedaron en el pueblo. Yo seguía trabajando en el negocio familiar. Con el paso de los años la salida de vecinos se aceleró y casi cada mes alguien más abandonaba su casa y su vida tal y como la había conocido.

Un buen día mi padre nos juntó en el salón y nos dio la terrible noticia. La tienda tenía pérdidas debido a que cada vez había menos familias y los ancianos apenas podían comprar con los pocos ingresos que tenían. Mi padre había encontrado un trabajo en un taller mecánico en Alcañiz y aunque solo le faltaban nueve años para jubilarse estaba pensando en que nos trasladáramos allí. Rompí a llorar.

Estuve dos semanas deprimida, y tras meditarlo mucho le dije a mis padres que, dado que era mayor de edad y que viviendo sola no necesitaba muchos ingresos, podía mantener abierto el negocio a la espera de tiempos mejores. Mis padres insistieron en que me fuera con ellos pero respetaron mi decisión, seguramente pensando que en pocos meses el negocio fracasaría y tendría que reunirme con ellos. Pero ellos no sabían todavía las “narices” que tenía yo y que no me iba a dejar vencer tan rápidamente por las circunstancias.

Las dos semanas que estuve encerrada en mi habitación antes de tomar la gran decisión me sirvieron para analizar la situación del negocio familiar. Mi padre con toda su buena voluntad y esfuerzo no había sabido entender los cambios que se estaban produciendo en la sociedad. El derrotismo hizo el resto.

Lo primero que hice en cuanto mis padres se fueron fue hablar con la tía Florinda, la de las cerezas que ya no recogía su cosecha debido a su edad, y pedirle que me dejara su furgoneta y, aunque estaba ya algo vieja, servía perfectamente para mis planes. Visité los pueblos vecinos y puse carteles en la plaza y en el ayuntamiento anunciando un nuevo servicio de reparto de productos de alimentación a domicilio, además de anunciar que aquellos que dispusieran de huertas y otros productos de calidad podían ponerse de acuerdo conmigo para adquirirlos y distribuirlos. Un sistema precario pero eficaz de grupos de whatsapp, códigos qr en lugares estratégicos y enlaces a listas compartidas permitió que empezaran a entrar nuevos pedidos... y no pocos. Decidí adquirir la furgoneta de la tía Florinda visto que iba a tener que hacer muchos kilómetros pero me dijo que no hacía falta. Que me dedicara a comercializar sus cerezas y se la podría pagar con parte de los beneficios.

Para mi sorpresa, 27 pequeños productores de hortalizas, miel, aceite, jabón, mermeladas, azafrán se pusieron de acuerdo conmigo. La mayoría de ellos nunca se había planteado comercializar sus pequeñas producciones o las vendían a precios irrisorios a grandes compañías de distribución o envasado. Con casi todos alcanzamos acuerdos beneficiosos para ambos.

Un día me sonó el móvil. Me llamaba Eduardo, era de Gerbarén, un pueblo cerca de la sierra. Había vuelto de estudiar un grado de diseño de aplicaciones informáticas y se resistía a abandonar su pueblo. Era muy risueño y bajo una apariencia despistada tenía una clarividencia providencial para el diseño de aplicaciones para móviles además de un pequeño negocio familiar de quesos afectado de los mismos problemas de rentabilidad que tuvo mi negocio. Me dijo que quería tomar un café conmigo. Quedamos a las pocas horas en el bar de la plaza y hablamos. Me dijo que había visto mis carteles en el pueblo, que la gente mayor con problemas para desplazarse a la ciudad para comprar había encontrado en mi servicio a domicilio un alivio importante y que además había sabido hacerlo sin dañar a los pequeños

productores locales con una política de márgenes razonables y de participación en los beneficios. Se ofreció para crear una App de móvil que con un solo clic hiciera visible la oferta de productos, sus precios y las fechas y lugares de distribución de manera que los vecinos supieran cuando iba a llegar su pedido con un margen de apenas unos minutos.

El 17 de septiembre, nos entró un pedido desde Zaragoza y el día 25 ya entraban más de 10 cada día. La gente hacía valoraciones muy positivas del servicio y alababa la calidad de los productos y la honestidad de la filosofía de la empresa. Tuvimos que adquirir una segunda furgoneta y empezar a pensar seriamente en limitar la distribución para no comprometer la calidad del servicio.

Poco a poco los pequeños productores pudieron aumentar sus producciones, mejorar las técnicas de etiquetado y envasado y consolidar sus negocios. Pudieron contratar a nuevos trabajadores que se establecieron, volviendo a sus antiguas casas o bien adquiriendo y reformando algunas ya deshabitadas y volvieron los niños a las calles poco a poco. Con los niños volvieron las bronquitis y con las bronquitis volvió el médico. El consultorio fue reabierto hace ya tres años y parece que seguirá allí mucho tiempo. El pasado jueves fui con Miguel, tenía varicela. Corre ya por las cuestas como un gato aunque algunas veces termina por el suelo con las rodillas raspadas. Acaba de cumplir tres años y es alegre y despierto. Nació un año después de casarme con Eduardo. Juntos recordamos emocionados el momento en que ya no había niños en el pueblo y las calles quedaron silenciosas y tristes. Hoy tenemos una comida popular en la Feria de Otoño. Seremos más de 1800 personas de todos los pueblos de alrededor y algunos que empiezan a venir de Alcañiz y Zaragoza. Entre ellos 56 orgullosos niños de mi pueblo que llenan otra vez las aulas de la escuela.